

PERSONAJES ESPAÑOLES EN LA NARRATIVA ARGELINA

Por
MARCELINO VILLEGAS

Los personajes españoles y las referencias a España y a cosas españolas son una constante de la literatura narrativa argelina, tanto en la que se escribió durante la época colonial (pongamos a partir de 1930) como en la escrita después de la independencia; en lo que se escribió y se escribe en francés y en lo que se escribió y se escribe en árabe. La referencia a lo español es más frecuente en aquella que en ésta, y es natural, porque en la mayoría de los casos es un tema histórico, parte de un pasado virtualmente concluso, apenas ligado ya a la realidad del país (1). Casi todos los textos en los dos idiomas se refieren, pues, al pasado; y bastantes se escribieron y publicaron antes de 1962, sobre todo de los escritos en francés. Por entonces, la narrativa árabe argelina balbuceaba aún y el tratar las relaciones de los grupos que formaban la sociedad colonial no era objetivo que le urgiese; más le importaba afirmar la presencia autóctona y denunciar y calibrar las actitudes que la vida colonizada había alumbrado, propugnando además la busca de la verdadera (a veces de la eterna) identidad. Después, cuando la narrativa árabe crece en Argelia a vertiginoso ritmo, la rememoración del pasado colonial es sólo un tema entre otros, y no el más urgente ni el prioritario.

(1) «Le reporter», de *al-T-hir i a'ât* (Tahar Djaout) (1954) es casi el único texto donde he hallado un personaje español moviéndose en el presente. Cuento de desarraigo, tributario de las técnicas del realismo mágico, «Le reporter» sitúa la acción -remansada, angustiosamente contemplativa- en un país del África ecuatorial, donde coinciden, para desconcierto del narrador-protagonista, varios tipos raros, uno de ellos el español, «Paco, el músico (...) que trabaja en el cabaré del hotel. Se dora en la piscina durante todo el día y al llegar la noche hace su showcito (...) Antes (...) tomaba a menudo una copa con él (...). Su mayor pasión es coleccionar fotos de mujeres; las recorta de revistas de moda y luego las pone en su cuarto añadiéndole comentarios (...) casi estúpidos». *i a'ât* reproduce los comentarios de Paco en español. Citaré sólo el más espectacular: «Un hombre que tiene unas amantes es un don juan; pero una mujer que tiene unos amantes es una prostituta». Cfr. *Les rets de l'oiseleur* (E. N. A. L., Argel 1984, pp. 21-42. Lo citado en pp. 23-33). El escritor no busca aquí representatividad, busca extrañeza y, según los lectores, provocación o complicidad.

Entre las referencias que he recogido no faltan algunas a lo eterno español, ni tampoco a ese modelo negativo que fue la dictadura de Franco.

De lo primero pueden ser buena muestra estas líneas de un cuento de 'Abd al-Hamīd b. Hadāqa (1925):

«Tanto por su aspecto como por su avío parecía española: cejas en forma de arco, ojos negros, cabello largo e intensamente negro, pecho pleno, cuerpo esbelto, armonioso y bien plantado; vestidos vaporosos, sedefios y alegres» (2).

Lo más sugestivo del caso es que Ibn Hadāqa atribuye a las españolas (que identifica con el estereotipo andaluz o gitano) los mismos rasgos que tantos escritores hispánicos han atribuido a las moras (españolas con rasgos moros, decían) desde principios del siglo XIX:

«Grupos alegres de mozuelas y serranas, que iban o tornaban del mercado...» mostrando (...) los ojazos árabes» (3).

«La bailarina española.

(...)

Lleva un sombrero torero

y una capa carmesí:

lo mismo que un alefí

(...)

Se ve, de paso, la ceja,

ceja de mora traidora:

y la mirada de mora:

Y como nieve la oreja» (4).

Estos versos de José Martí permiten recordar, por otra parte, que la comparación ceja = arco no es invención personal de Ibn Hadāqa, sino que pertenece al arsenal de la poesía árabe de la Edad Media. Véase un ejemplo tardío, casi un pastiche, de Abā-l-Baq' r-Rundŷ(s. VII/XIII):

«Cejas como arcos de azabache (...) Ojos hechiceros (...) que atraviesan los corazones sin rasgar la piel» (5).

El franquismo ha motivado a at-Ŧ-hir WattŦ-r (1936), quien traza un mapa de los enclaves siniestros del globo; parte de dictaduras más o menos próxi-

(2) «Al-Musfir», en *al-Ašī'a s-sab'a* (aš-Šarika l-wa del del tanŷa li-n-našr wa-t-tawzŷ, Argel 1981, 2.ª, p. 18).

(3) *Alcalá de los Zegríes*, de Ricardo León (1877-1943) (Espasa Calpe, Madrid 1960, p. 37).

(4) *Versos sencillos*, de José Martí (1853-1895), X, estrofas 1, 4 y 5. Cito por la ed. de Ivan A. Schulman, *Ismaelillo. Versos libres. Versos sencillos* (Cátedra, Madrid 1982, pp. 189-190).

(5) Cfr. F. de la Granja, *Maqāmas y ris-las andaluzas* (IHAC, Madrid 1976, pp. 169 —texto árabe— y 164-165 —traducción—). Naí ib Mahfuz se ha servido de la comparación ceja = arco en *Baynal-qasrayn* (D-r al-qalam, Beirut 1973, p. 68).

mas, ajenas en los incidentes, como propias en el funcionamiento, y llega a la traición al poder popular en su propio país, al entramado de pasividad que la ha hecho posible, a los figurones:

«Por un lado estoy al margen, porque yo soy de la capital, por otro lado es inevitable que escriba sobre las actividades de la comisión. La responsabilidad moral respecto al Militar me obliga ética, política y profesionalmente. África, Asia, América Latina, España. Pueblo, ejército, políticos, intelectuales. Si este militar no fuera militar, si esta mujer no fuera negra, si el presidente de la delegación fuera un político, si yo escribiera con fe y convicción... el coche donde vamos sería una isla flotando en las profundidades del Sahara, como otra Cuba» (6).

En algún otro caso lo español aparece como parte peculiar de un conjunto más amplio, Europa, y también como país que ahora mismo mantiene relaciones comerciales con Argelia; país otrora próximo y en el presente cada vez más lejano, casi imaginario (7).

Sin embargo, lo que resulta más frecuente y de mayor interés son las figuras de españoles instalados en la Argelia francesa.

Son personajes secundarios o episódicos, que no participan en la línea central de la novela, sino que ilustran sus márgenes ambientales. No obstante están siempre bien caracterizados, con pocos y expresivos rasgos, en un tratamiento que busca concienzudamente llegar al fondo de su realidad, su situación y de la relación que los unió a los argelinos. La actitud de los escritores hacia esos personajes es objetiva, pero no neutra; firmes opiniones y emociones los ligan a ellos. La noción de objetividad que maneja cada escritor no es, por otra parte, siempre la misma, ni todos los personajes tratados responden igual a ella. En consecuencia, ni el tipo de novela o cuento en que se insertan ni el tipo de persona elegida para el retrato ni la respuesta que provoca en el escritor son uniformes, aunque los presupuestos de las distintas obras sí puedan serlo.

En todas ellas, la relación entre argelinos y españoles es de contigüidad, contigüidad casual o, con más frecuencia, de situación. El propósito final del tratamiento de estas relaciones es denunciar la estratificación que reinaba en la colonia, constante invitación a la inhumanidad.

Algunos autores, como *ʿAlī al-Ḥammām* (Aly El-Hamamy, 1902), *ʾImrān* (Djamal Amrani, 1935) o *Mirzā Baqt* (1945), por ejemplo, presentan un modelo positivo y otro negativo: desalmado (o al menos ominoso) el uno, materialización de la libertad o del noble impulso hacia ella el otro.

(6) «Az-Zanī y *ʾal-ḥ-bī*», en *as-Šuḥad* ~ *ʾya ʾādān h-ḥ- l-usbā* (ENAP, Constantina 1980, 2.ª, p. 37) El cuento se publicó por primera vez en «al-} d-b», Beirut, abril de 1973, p. 188.

(7) Ambas cosas de *Rašīd Mimān* (Rachid Mimouni) (1945): *Le fleuve détourné* (Laphomic, Argel 1986, pp. 50 y 37) y *Tompéza* (id., 1985, p. 80). En las dos novelas lo importado de España son patatas: «tres tubérculos hacen el kilo».

Al-Hamm-mšlos incluyó en su novela *Idris*, escrita en Bagdad entre 1940 y 1941 y publicada por primera vez en 1945 (8); 'Amr-nšen dos cuentos de su colección *Le dernier crepuscule* (9); Baqt ~š en su novela *Tuyā fš-zahš* (10).

Un caso aparte lo constituye Muhammad Dš (Mohamed Dib, 1920) con su cuento «La cuadra» (11), donde retrata la identidad en la miseria y personajes que, de no ser por la violencia, podrían haber formado un nosotros desde la necesidad.

Idris es una extensa y ambiciosa novela; su autor, berberisco argelino, la redactó y publicó en el exilio. Sitúa la acción en el Norte de Marruecos; las abundantes digresiones se refieren, sin embargo, a todo el Magreb e incluso al mundo árabe en conjunto.

Una de las muchas cosas que Al-Hamm-mšse propuso en *Idris* fue trazar una tipología del colono enriquecido en el Norte de África y, en general, de los desaprensivos que, fracasaran o triunfaran, esquilaban o degradaban el lugar. Así aparecen el barón de Bonnetterre (nombre que en el contexto adquiere valor de sarcasmo), «muestra modélica de la Francia africana»; Erich Kammalköpf, ex-legionario; el corso François Coni (12), el notario borgoñón (13) y el español que quiso medrar y no pudo:

«Se metió de aparcerero en la tierrita de un español de Alicante recién desembarcado en África. Este español consiguió la ciudadanía francesa de la noche a la mañana y gozaba de todos los derechos gracias al papel sellado de 20 céntimos. Sin demasiadas formalidades adquirió una parcela. Era un borracho que había huido de España de resultas de un robo, varios miles de pesetas a su patrono. Una pequeña fortuna. Gastó parte de lo robado en el terreno, que usurpó a un precio irrisorio y en pagos escalonados a largo plazo; lo demás se esfumó al otro lado del mostrador de zinc de los lupanares de Blida y Argel.

»Una vez insolvente arrendó el terreno (...) mientras que él, como buen colono neofrancés, se pasaba el tiempo merodeando por las callejas de la Casba, las manos en los bolsillos de un viejo pantalón de terciopelo, una boina grasienta en la cabeza desgrefiada y los pies enchufados a unas alpargatas en chancleta.

»Las verduras y las flores se vendían bien. Trabajador y ahorrativo, como

(8) En El Cairo, 2.ª ed. (S. N. E. D., Argel 1977). Es la que he manejado. Hay 3.ª ed. (mismo lugar y editora 1986).

(9) S. N. E. D., Argel 1978. Los cuentos son «Les gosses de l'Eden» (pp. 21-30) y «Lequiproquo» (pp. 39-46).

(10) aš-Šarika l-waṭanšya li-n-našr wa-ł-tawzš, Argel 1981.

(11) En *Le Talisman* (Seufl, París 1966, pp. 21-37). El título está en español en el original.

(12) Ed. cit., pp. 282-287.

(13) Id., p., 81-89.

suele serlo el marroquí, el aparcerero de tafilete acumuló, pasado un tiempo, una suma considerable, que le dio para comprar la tierra al español. Este abandonó para siempre su nueva patria, luego de pasar una semana de juerga en Argel y otra en la cárcel. Se volvió llevando consigo, además del billete de vuelta, un par de borceguíes, un pañuelo de seda amarilla con cuadros rojos, una docena de paquetes de cigarrillos, un racimo de plátanos y unos cuantos billetes de 20 francos.

«Una vez en la mar, cuando el anfiteatro sobre el que Argel está escalonada iba a esfumarse, el español sacó su certificado de nacionalización, lo hizo pedazos, le escupió después de amagar un gesto obsceno a la Sembradora que figura en los sellos, y tiró el montón de papel por la borda. Luego de hacer esto, el ingrato se echó la boina hacia la frente, carraspeó con todas sus fuerzas y, volviéndose a la ciudad, que emergía de una masa de bruma, escupió una vez más» (14).

Es decir: las raíces contra la falla de ellas; la actitud productiva frente a la destructora; el respeto frente al desprecio. El estilo de °AlŠal-Ḥamm-mŠcae a veces en la ironía sin gracia, pero su síntesis **reune** exactitud de observación con expresionismo reductor, y resulta eficaz.

El personaje positivo que traza al-Ḥamm-mŠes el padre Torcuato:

«Franciscano, licenciado por Salamanca, espíritu abierto, tan curioso de las cosas de este mundo como de las del otro, amigo de la buena mesa a pesar del cilicio que se le hundía en el estómago, admirador de Voltaire y de los Enciclopedistas, relacionado con Unamuno y Blasco Ibáñez (...) y que escribía en el Heraldo de Madrid cosas nada blandas sobre el Episcopado Español y la Curia romana» (15).

Idris conoce al fraile durante su estancia en Tetuán; en la misma ciudad ha aprendido español y lo perfecciona en sus charlas con el padre Torcuato, verdadero maestro, autocrítico [hay una página dedicada a examinar la Inquisición (16)], intelectual auténtico para quien el rigor del pensamiento está por encima de todo, modelo de vitalidad; aproximadamente las metas de °AlŠal-Ḥamm-mŠ. Del alcance de la enseñanza del padre Torcuato, de su ejemplo y sus limitaciones concluye la novela lo siguiente:

«Te he contado muchas veces mis charlas con el padre Torcuato, aquel sacerdote español a quien conocí en Tetuán y que abrigaba bajo el hábito un corazón humano desligado de toda pasión, incluso de esa que finge desinterés so capa de la hipocresía. Aquel hombre de Dios, de ironía firme y sonriente, me hablaba a veces de ciertas escenas de la Pasión, que entonces yo no

(14) Id., pp. 76-77. Un personaje parecido, tomado del natural, en MuhyŠd-Din Bašt-rzŠ(Mahieddine Bachetarzi, 1897), *Mémoires* (E.N.A.L., Argel 1984), II, p. 244.

(15) Ed. cit., p. 191.

(16) Id., p. 196.

llegaba a comprender. Ha sido precisa toda la sabiduría de Sidi Abderrahmán, en cuya escuela he conseguido familiarizarme con el romanticismo cristiano. Ahí reside quizá la razón de que el cristianismo, por nobles que sean sus primeras intenciones, haya repelido nuestro sentido común de africanos hechos a la sencillez y a la buena fe más cándida. (...) El padre Torcuato me hablaba como historiador, desde luego, no como misionero que depende de las directrices de su orden, que magnifica el proselitismo y que, en nombre del prejuicio, absuelve los peores horrores de la conquista colonial» (17).

Siendo rigurosamente críticos, los juicios de °AlṢal-Ḥamm-mṢson también constructivos y apoyan la convicción de una unidad intelectual profunda, alentada por la sinceridad y no menguada por las diferencias. De ahí que *Idris* tenga a veces y a pesar de todo un timbre asimilacionista que hace de ella una obra histórica, expresión de una actitud seccionada del presente. Los escritores argelinos prefieren hoy explorar la especificidad, la diferencia; o si piensan lo común es por el lado siniestro, por el lado de la locura que arrastra a toda la humanidad.

En definitiva, los polos positivo y negativo que °AlṢal-Ḥamm-mṢpresenta en *Idris* son inconciliables. Podrían resumirse así: educador frente a explotador.

Ì am-Ì °Amr-nṢnos sumerge en un clima muy diferente, ya que él parte no de la idea, sino de la emoción. Los dos cuentos son evocaciones, rememoraciones de un mundo y unas personas que fueron y ya no son; o que no son como prometían ser.

El modelo positivo aparece en «Les gosses de l'Eden» y es Carmen (precisamente Carmen), «una hermosa muchacha de 18 años, rubia y atolondrada» (18), una exiliada de la guerra civil. Para sus amigos argelinos, de su edad o algo menores, es la materialización de la libertad, una libertad tan fácil, tan natural, que Carmen la ejerce como el que respira. El narrador es el adulto que revive la adolescencia que fue, las expectativas que Carmen hacía parecer próximas a realizarse. La acción transcurre durante la segunda guerra mundial y ello permite que Carmen y sus amigos vivan la necesidad como estímulo. Al final, sin embargo, «Carmen se calmó. Se casó con un teniente americano y durante los embarazos tenía el gusto de evocar con nosotros los recuerdos tan vivos, tan ardientes de nuestra juventud marchita, decía, mientras que el marido, ocupado en moler el café en la cocina, se resignaba lamentablemente, lo mismo que F-ḥil» (19).

Carmen y sus amigos ya no salieron más a merodear, a conocer el mundo, sino que se insertaron en él e hicieron cambiar algunas cosas. ¿Y las expectativas? Como la Carmen de 1940 siguen vivas en la memoria porque fueron, hicieron camino en la vida y se transformaron. Ahora ni Carmen ni la ex-

(17) Id., p. 389.

(18) Ed. cit., p. 23.

(19) Id., p. 30.

pectativas están disponibles ni tienen la facultad de hacer que todo parezca posible (20).

«Le quiproquo» trata la vida de infancia en un hogar que se deshace. El elemento que da el impulso definitivo a la disgregación es el señor García, capataz en el lugar de trabajo del padre. Para el niño el señor García representa la amenaza, no tanto de que el hogar se disgregue, sino de que la madre deje de estar a su alcance. El tipo tiene algo de ganster (de hecho extorsiona a la madre y es causa de su muerte). Todas sus apariciones sugieren una media luz muy característica del cine de la época (hacia 1940) y una visualidad expresionista en los encuentros en la escalera.

En estos dos relatos de *Amr-n* los personajes españoles son básicamente inasibles ya que, de un modo u otro, son materialización del destino. El escritor no avanza ningún juicio moral sobre ellos y, si juzga a alguien, es más bien a sí mismo, a su mundo. En cuanto narrador trabaja sabiendo que proyecta, que ni Carmen ni el señor García son lo que ve en ellos, condicionante e ilusiones a los que de ningún modo se reducían.

«La cuadra» transcurre en un ambiente de miseria:

«Un caos de hojalatas, de bidones aplastados, de tablas viejas... Las chabolas tapaban el único edificio de piedra, parecían tomarle al asalto, querer desalojarlo» (21).

En tal espacio conviven tres grupos de origen diferente: los gitanos (Carmelita, mama Rosa, Joselito, Rafael, Paca...), los españoles (Juanico, Consuelo, Eduardo, Josefa, tío Blanes...) y los argelinos (Salah, Zohra, ba Ahmad...) Lo que Muhammad ²⁵ destaca en el relato es que su marginalidad los aglutina a todos y facilita la comunicación; de no ser por eso habrían permanecido ajenos, si no hostiles. La pobreza ha hecho surgir la solidaridad, una solidaridad probablemente casual, sin raíces, pero que ayuda a vivir y da calor.

Lo que el escritor no precisa nunca es en que idioma se entienden los tres grupos: ¿retazos de tres lenguas? ¿las tres alternativamente? Las palabras españolas que de cuando surgen en la prosa francesa (torraico, boracho —sic—, el vieja —sic—) sugieren más lo primero que lo segundo. El tema parece no interesar a Muhammad ²⁵, que sólo precisa lo más general e imprescindible: se entiende.

«La cuadra» es un cuento impulsado por la realización imaginaria del de-

(20) Nab§ F-ris (Nabile Farès, 1940) toma también, en su novela *Un passager de l'Occident* (Seuil, París 1971), como personificación de la libertad, a una española, Conchita, a quien su protagonista conoce en París y con quien emprende un viaje a Orense. El contexto (el relato es estrictamente contemporáneo) y el tono (el autor alardea de frialdad) son, sin embargo, muy diferentes a los de *Amr-n*. Véase *Un passager de l'Occident*, pp. 59, 62, 83, 94 y 95.

(21) Ed. cit., p. 23.

seo de unificación. También es un modelo, una clase práctica. Esto es voluntario, aquello no estoy seguro:

«El hojalatero y el tonelero cerraban; se iban. Sus chabolas eran medianeras. El primero, un español robusto, piernas y torso embutidos en un mono, empujaba una bicicleta. Decía:

—No, mi mujer no aprenderá nunca a hacer ese pan.

El otro, un argelino flaco, barbudo, vestido a la antigua, zaragüelles y chaleco, insistía:

—Haced como nosotros, así ahorraréis. Amasar en casa sale más barato y es de más alimento.

—Mi mujer no aprenderá a hacer ese pan.

—Mándala a casa, ya verás como la enseñan.

Anduvieron un rato a la par y luego el hojalatero dijo:

—Tengo que darme prisa, Ba Ahmad. Adiós.

—Adiós, Juanico. Mándala, ya verás como la enseñan» (22).

¿Puede leerse en la amistosa y educativa oferta de Ba Ahmad y en la insistente resistencia de Juanico un fondo de conflicto? El texto no lo precisa; el contexto tal vez sí: en la Argelia colonial la relación entre miembros de diferente origen difícilmente pasaba de lo superficial. Parece claro que Juanico se resiste a deber nada a Ba Ahmad: aprender de él quizá sea darle una ventaja, ponerle por encima, reconocerle más sabio y, quizá, empezar a perder la propia identidad.

Los personajes de *Tuyḡf Sz-l-hḡa*, de Mirz~q Baqt~š, argelinos, españoles y malteses conviven también en un mismo barrio, barrio pobre, aunque bastante menos que el de «La Cuadra».

La acción de la novela de Baqt~š se inicia inmediatamente antes del 1 de noviembre de 1954, partiendo del final del verano de ese año. Una vez iniciada la guerra, la animosidad larvada antes se hace explícita y peligrosa; antes sólo era malévola. Baqt~š expone claramente que la proximidad producía una especie de intimidación, pero que no por ello se produjo comunidad de intereses ni comunicación, salvo en el caso de quienes voluntariamente iniciaban un proceso de integración en la sociedad árabe argelina.

(22) Id., pp. 27-28.

Y cuando los ojos que miraban eran infantiles podía producirse un aprecio desinteresado que nacía en la ejemplaridad, en la claridad de la conducta. Así, esos extraños quedaban profundamente insertos en el aprendizaje de la vida.

Mirz-q Baqt-š procura hacer retratos objetivos y lo consigue; la suya es una novela imparcial, que trata de no dejar fuera ningún dato significativo de los intrusos y que no esgrime ni esconde los principios: que había una situación opresiva que se manifestaba constantemente, aunque nadie tuviera voluntad expresa de hacerlo.

Los españoles aparecen en *Tuyš fšz-l-h ša* desde las primeras páginas y en registros variados; algunas de sus intervenciones son puramente ambientales, arbitradas para dar espesor novelesco al relato y para permitir la entrada a elementos documentales no cuantitativos.

Al describir la situación y la topografía del barrio donde transcurre la acción, el narrador menciona un bosquecillo que lo limita por un lado, un bosquecillo que de por sí impresiona a los chicos y en el que a veces ocurren cosas impresionantes:

«El año pasado encontraron allí a un español atado con alambre de espino y degollado» (23).

Los personales que intervienen en la acción son José y su familia y Norberto; los primeros positivos; negativo, aunque no deshumanizado, el segundo.

José tiene 13 años y es rival de Mur-d, personaje central de la obra; su actitud manifiesta solidaridad con los argelinos e intención de integrarse en su comunidad. Baqt-š le caracteriza, sin embargo, por su aspecto, netamente diferenciado del de los niños autóctonos de su edad:

«Salió de la casa, con su corpachón y en pantalón corto, como de costumbre» (24).

También por su precocidad y dominio:

«Observó que José estaba menos locuaz de lo habitual; seguramente había notado que el asunto de la chavala gitana era espinoso» (25).

Y, como ya he adelantado, por su voluntad de integrarse, única en los europeos del barrio:

(23) Ed. cit., p. 17 Luego (p. 88) la mención a este español se reitera en un diálogo entre dos niños, que utilizan el caso como arma intimidante: «Pobre de ti, has pasado por encima del cadáver del español, esta noche se te aparecerá».

(24) Ed. cit., p. 19.

(25) Id.

«Mur~d se preguntó si el padre de José habría advertido a éste que no mencionara el asunto, pero dio marcha atrás en sus suposiciones, porque era muy buen amigo de los chicos del barrio y nunca haría nada que hiriese sus sentimientos (...) Era uno más y la prueba estaba en que otras familias europeas estaban en malos términos con la de él y querían echarla» (26).

A diferencia de en «La cuadra» en *Tuyš fšz-z-hša* queda claro en qué idioma se comunican las diferentes comunidades. A Norberto, el otro personaje español, le llaman Norbert (27). Tiene dos hijos, llamados Claude y Juliette (28). José y su familia hablan árabe (29).

La mención del nombre de Norberto suele ir acompañada por una fórmula, siempre la misma: «ese desagradable español» (*šālika l-isb~nšmugtarr*) (30). Llegado el momento Baqt~š hace un matizado retrato de él. Este retrato sólo en parte contradice la fórmula, porque Norberto es desagradable, pero lo es por reacción a las contradicciones de su situación en la sociedad colonial, o sea, es brusco y antipático por defensa:

«Norberto pasaba por la calla (...). Su actitud era orgullosa, meneaba la cabeza con nervio, como era habitual en él. El padre de Ronnie (el maltés que le tenía enemiga desde que el camión de Norberto había chocado contra la pared de su casa) y él estaban en malos términos y la agresividad aumentaba día a día, porque Norberto se crecía, mientras que el padre de Ronnie se arrugaba hasta que no podía más y escupía al suelo. Entonces Norberto le contestaba escupiendo hacia él (...). Sin tardanza el padre de Ronnie se ponía a gritar a voz en cuello, tratando de gran marrano a Norberto y éste le contestaba de modo tan obsceno que el padre de Ronnie se arrugaba todavía más. Era el principio y el encuentro terminaba inevitablemente en pelea (...).

De Norberto le gustaba a Mur~d que era franco y que si una persona le desagradaba se lo decía. Los niños que le eran simpáticos, por ejemplo, aprendían mecánica con él, mientras que en los que le eran antipáticos descargaba la rabia sin previo aviso. A Mur~d, por ejemplo, le tenía manía porque una vez se había atrevido a pasar por su calle en bicicleta tocando el timbre sin parar y le había despertado de la siesta. Había echado a correr detrás de él y es que, con toda su franqueza, Norberto era una, persona a la que no le gustaban los árabes. La culpa quizá no la tuviera él, sino su esposa, aquella racista que se le había pegado. Ella sí que no les tenía a los árabes la más mínima consideración; y ay del que se acercara a su casa, porque los perros estaban preparados por si ella no podía alcanzarle **p e r s o n a l m e n t e** » (3 1) . M u r ~ d c o n -

(26) Id.

(27) Id.

(28) Ed. cit., p. 54.

(29) «De repente surgió la voz de José interpretando una canción popular argelina. Inflaba los carrillos, estiraba la boca, le ponía a Ahmad la mano en la cabeza», id., p. 25. Por otra parte, José grita con los niños argelinos: ¡Abajo la cruz, viva la estrella!», delante de casa de Norberto.

(30) Id., pp. 27, 44, 54.

(31) Id., pp. 54-56.

cluye por último, con admiración, que Norberto era «valiente de verdad» (32).

Por los ejemplos vistos, es posible decir que las caracterizaciones aplicadas a los personajes españoles en la narrativa argelina son lo suficientemente universales como para referirse a cualquiera. Lo que los diferencia frente a, por ejemplo, los personajes franceses, es la mayor matización y los detalles circunstanciales, a veces muy llenos de vida, de experiencia. El tratamiento que los escritores hacen de ellos es siempre condensado; a veces incluso puntual. Quizá los hayan configurado así por deseo de claridad: al ser menos las líneas de fuerza su situación humana y su función en la sociedad colonial se revelan con más nitidez; lo esencial puede manifestarse a través de ellos con la imprescindible distanciamiento emocional.

Los ejemplos que puedan aparecer en este tema serán siempre sintéticos y marginales, sea cual sea la importancia de su sentido; matizados, sea cual sea su orientación crítica. Se trata de algo profundamente inserto en la sensibilidad argelina que se formó en determinada época, porque resume de manera expresiva las contradicciones de la vida cotidiana en la época colonial. Podría haber aducido más ejemplos o haber estudiado estos de forma más detenida, pero mi intención presente era llamar la atención sobre la existencia de estos textos y dar a conocer con cierto detalle los que me han parecido de mayor interés.

(32) Id., p. 61.